



cultura.elporvenir@prodigy.net.mx

Agora

DE PAPEL

El Porvenir Cultural

MONTERREY, N.L. DOMINGO 3 DE JUNIO DE 2018

Olga de León / Carlos Alejandro

Claroscuros de la vida

UNA SOMBRA COBIJANDO LA MENTIRA
OLGA DE LEÓN

¿Por qué nunca se había preocupado por lo que había hecho con su vida?, por qué hasta hoy se detuvo a considerarlo y detener su carrera del diario vivir. para pensar un poco en ello. No le interesaban las razones, pero sí comprender la importancia que ahora tenía recapitular sobre su existencia, con las oportunidades que el destino y las circunstancias, tanto como la familia y quienes la querían, le habían ofrecido. ¿Sería real lo vivido, o solo fue una ficción que ella se había inventado?

Fue como si un balde de agua, no digo fría sino definitivamente helada, le hubiese caído sorpresivamente sobre su cabeza empapándola completamente; de hecho, todo su cuerpo temblaba. Alguien que no conocía, se cruzó en su camino recién descendía del auto, y le gritó al rostro: “- ¡Hipócrita!, vives una gran mentira que vas presumiendo por donde te mueves y donde vives. Te mientes a ti misma y embaucas a los demás: ¡tu vida es una mentira!”. Romina no daba crédito al atrevimiento de la mujer que la enfrentó solo para soltarle tal discurso. Tampoco pudo moverse. Para cuando reaccionó, la otra había desaparecido. No alcanzó a ver hacia dónde se fue, ni pudo grabarse, como para distinguirla en otra ocasión o lugar, el rostro de su agresora. Respiró profundo, cerró y abrió sus ojos una vez y giró la cabeza tratando de saber cuánta gente estaba cerca. Quería comprobar que no solo ella la había visto y escuchado. Pero, nadie estaba suficientemente próximo como para que hubiera sido, así.

Eso tampoco le inquietó. Pensó, en su interior, qué fue bueno que nadie más hubiera escuchado la sarta de palabras hirientes que le dijo la que ahora tenía por un fantasma o una fantasía de su propia creación.

Aquel día fue un parte aguas en su vida. Lo que luego viviría, debería ser en parte motivo de reconocimiento para la mujer que la hizo consciente de su realidad pasada.

Cuarenta y siete años de vida. Veinticuatro de profesional. Exitosa desde sus primeros años en la carrera. Un matrimonio: ¿por amor?; eso creía ella desde el noviazgo (cuatro años), y cuando se casó, aún flotaba entre nubes y cielos, hasta los primeros tres o cuatro años. Luego: los hijos, los mejores colegios, las reuniones con las amigas, las vacaciones dos veces al año, las salidas en parejas: todo lo normal y grato siempre. O era su creencia y empeño en ser positiva y negarse a ver lo que pudiera inquietarla: las llegadas del marido cada vez más tarde los viernes y las juntas inesperadas en sábados...

¿Qué había hecho con su vida, con la vida que realmente le pertenecía solo a ella? Lo que quiso, lo que pensó que era lo mejor para sus hijos, para el esposo, para los invitados a sus reuniones. Y, era feliz, a ella eso le agradaba, amaba amar a sus gentes y cuidar de todos. Cierto. Mas aquel día tuvo un impacto verdaderamente mayor en su vida futura.



Nada había sido como ella lo veía ahora. ... y sin embargo, nada ni nadie había cambiado: solo ella.

Pasaron diez años de aquel extraño suceso, nunca volvió a aparecer la mujer que la dejó temblando al descender de su auto en el estacionamiento del consorcio en donde era una ejecutiva de alto rango. Ya no trabaja allí, ni en eso para lo que se había preparado. El divorcio vino antes, un año después de que recapitulara sobre su vida, especialmente reconsiderando las verdades y mentiras de su vida en pareja. Hacía mucho que lo supo, antes de que se engañara, por cómoda o por convencional, por lo que fuera, se engañaba y lo sabía sin admitirlo: ya no era feliz, y él no le mostraba afecto alguno, ni siquiera frente a los amigos.

Los hijos, seguían amándola, pero su vida no se detuvo por su separación, siguieron su propia senda cada uno: estudiaban lo que les apasionó y no dejaban de vivir plenamente. Era como si la madre les hubiera dado una lección de vida. Un día les dijo: hijos, recuerden que solo tienen una vida, y un tiempo que nadie les podrá reponer, si ustedes no lo aprovechan, ni yo misma podré ayudarlos a vivir su vida.

No había una butaca vacía, la música inundaba la sala, algunos parecían estar adormilados, quizás estaban allí por compromiso, por aparentar un conocimiento que no tenían o, en última instancia, porque les regalaron la entrada. Pero ella, ella disfrutaba plenamente la música romántica de Beethoven. Más ahora que se había vuelto tan detallista y selectiva para lo que elegía vivir, así fue como, desde un mes antes, escogió el concierto que iría a escuchar ese día: música libertaria: la 5ª Sinfonía de Beethoven. Y no fue sola. Invitó a quien hacía varios años le sembró la duda sobre su verdad o mentira de

la vida que hasta entonces había llevado.

¿Qué lejos estaba de la mujer exitosa que había sido! ...y, no obstante, su éxito era otro: era dueña de su destino y de su vida, sin que lo antes vivido hubiese dejado ningún meollo en su integridad, ni en su vida futura. El asiento a su lado estaba vacío.

LUZ COBRIZA EN EL HORIZONTE

CARLOS ALEJANDRO

Miriam llevaba sandalias y una pulsera en el tobillo, bajo la larga falda café que vestía. “¿Quieren que yo maneje?”, les preguntó a sus amigas. Ellas aceptaron. Subieron las tres al auto y Miriam continuó: “¡Es increíble lo que cada una puede hacer con su vida!”

Katia se quedó pensando en la frase y se sintió un poco incómoda. Se percibió en un punto donde tendría que avanzar con el viento en contra: no creía que su vida fuera extraordinaria en ningún sentido. Lourdes, por su parte, bajó la ventanilla de su puerta buscando recibir en el rostro más de la brisa del mar. No dijo nada, pero pensó en las luchas que había librado durante la vida, incluyendo la que le había llevado a comprar el auto convertible que ahora manejaba su amiga Miriam.

La línea de palmeras que se extendía por todo el malecón era como una fila de árboles esperando llegar al crepúsculo en el horizonte, para ser bañados por la luz cobriza del sol que se escondía. Katia, mentalmente, comenzó a nombrar a las amigas en las que podía confiar plenamente. Llenó los dedos de una mano y continuó con los de la otra. Se sintió afortunada, tanto como cualquier fotógrafo que se hallase en un parque justo cuando termina de caer la lluvia.

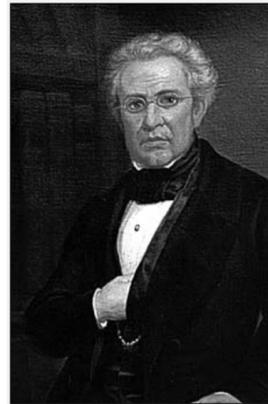
“Nunca suceden muchas cosas en mi vida”, dijo Katia, y continuó dicién-

do: “creo que llevo una vida bastante cómoda”. “Eso es bueno, es hacer algo padre con la vida”, dijo Miriam mientras giraba el auto a la derecha para seguir por el malecón. Katia escuchó sonriente, pensando en el número de átomos que contendría la brisa del mar que sentía chocar con su rostro. Se llenó de esperanzas pensando en los esfuerzos que le había tocado realizar y que le habían resultado, también, en lo que su amiga llamaba: una vida cómoda. No creía que su trayecto de existencia hubiese sido alumbrado por una vela, sino por un sol inagotable, sin noche, de cielo azul y clima fresco, sin el picor del mediodía.

La única que no se encontraba muy segura sobre los caminos de su vida, era quien había lanzado la frase inicial, Miriam. Se cuestionaba si había sido lo suficientemente valiente como para hacer lo que realmente quería, con vigor, o sí, al menos, lo había intentado. Pensó que sí, pero también creía que había fallado. No había logrado conseguir un marido, solo algunos novios esporádicos, y cuando decidió enamorarse y entregarse totalmente, las cosas no le funcionaron. Nunca más se dio la oportunidad de volver a intentarlo.

Y ahora, a los cuarenta y siete años, Miriam consideraba su soltería como una decisión que había tomado en la vida, no como una condición que esta le hubiese impuesto. Consideró que la armonía con la que vivía en sus relaciones sociales era reflejo de la misma armonía con la que vivía en su interior. Miriam se animó aún más, aceleró un poco y dio otra vuelta; esta vez, hacia la izquierda.

El malecón lucía, mirando hacia el horizonte, una vista de luz cada vez más preciosa. Era como si la fila de palmeras regresara desde la lejanía, luego de haber sido bañada por la luz cobriza del atardecer. Las tres amigas sabían a dónde iban.



Lucas Alamán

Considerado el intelectual más insigne del conservadurismo mexicano, Lucas Alamán, fallecido hace 165 años, fue un hombre que contribuyó al progreso económico y cultural de este país.

Para Alamán, quien impulsó la industrialización de México, la base de la igualdad política y social del individuo era la enseñanza.

Originario de Guanajuato, nació el 18 de octubre de 1792 en el seno una familia adinerada que tradicionalmente se había dedicado a la minería. Su situación económica lo llevó a tener una formación académica muy completa.

Se preparó en las Universidades de Gotinga y París, donde completó y afinó sus conocimientos respecto a los minerales y la química. Después de graduarse se convirtió en el secretario de la Junta de Salud Pública en México y luego nombrado por Guanajuato en las Cortes de España. De esta forma inicia una carrera de 32 años en el servicio público.

En 1822 visitó Gran Bretaña donde fundó la Compañía Unida de Minas. También ocupó el cargo de secretario de Estado del despacho de Relaciones Exteriores, donde creó el Museo de Historia Natural de la Ciudad de México y el organismo del Archivo General de la Nación.

Al desempeñar ese cargo, fijó los límites territoriales entre México y Estados Unidos. Además fue acusado por la captura y ejecución de Vicente Guerrero, cargos por los que asumió su defensa y fue absuelto de culpa.

Luego de resolverse este caso, fundó y dirigió una empresa minera, estableciendo la primera fundición independiente en México en 1825.

En 1823 se casó con Narcisca García Castrillo. Separado del gobierno se dedicó a dirigir hasta 1830 la Compañía Unida de Minas. El duque de Terranova y de Monteleone, descendiente de Hernán Cortés, le encargó la administración de sus bienes en México.

Según la misma fuente, se considera a Lucas Alamán como una de las figuras literarias más importantes del México de su época, tanto por la calidad de su prosa como por la seriedad en sus métodos de investigación como historiador.

Alamán presentó las “Bases para la administración de la República”, documento que regiría mientras fuera expedida una nueva Constitución. Fundó el Ministerio de Fomento, Colonización, Industria y Comercio, así como el Consejo de Estado.

También se desempeñó como gobernador en 1849, además estableció escuelas de arte y agricultura.

Entre sus aportaciones destacan el desarrollo del Sistema Métrico Decimal y las mejoras a la antigua Academia de San Carlos. Sus obras más conocidas son: “Disertaciones sobre la Historia de la República Mexicana” (tres volúmenes) e “Historia de México” (cinco volúmenes).

Lucas Alamán murió el 2 de junio de 1853 en la Ciudad de México, por una neumonía.

ad pēdem literae

“ No hay gente ineducada. Todo el mundo lo está; sólo que mucha gente está mal educada.”

Gilbert Keith Chesterton

Letras de buen humor

“Los ángeles pueden volar porque se toman a sí mismos a la ligera.”

Gilbert Keith Chesterton

Joana Bonet

Esas mujeres florero

Rosalía Iglesias, esposa de Bárcenas, dijo al juez: “Todo lo que hace mi marido me parece bien”. “Mi marido”, en cuántas ocasiones he escuchado mascar esa expresión con calma golosa, igual que los que fuman a gusto y hacen anillos de humo. Calladas y risueñas, nunca hablan primero, y si lo hacen tan sólo apostillan lo que dice él, el, el tipo más cojonudo de la mesa. La historia sentimental de nuestro país está forrada de maridos portentosos, más listos que el hambre, que se han ocupado de las matemáticas en exclusiva. Hombres que no sólo las enamoraban y les ofrecían protección, sino que también las anulaban. Auténticos caballeros que les permitían alargar su minoría de edad mental y les procuraban una tarjeta de crédito ilimitado, propia del estatus de “mujer de” al cien por cien.

Así titulaban los periódicos en los noventa, cuando Blanca Rodríguez-Porto, aún casada con Luis Roldán, entraba en la cárcel para cumplir cuatro años. En todas las portadas, la doctora de

los abrigos camel fue siempre “la mujer de Roldán”. Condenada por un delito de encubrimiento y otro contra la hacienda pública, su marido la mandaba –junto a su madre y a sus hermanos– a abrir cuentas bancarias en Suiza. Utilizaba la excusa de que, por cuestiones de seguridad, él no podía hacerlo. Y la suegra, Josefina Pérez, y los cuñados, tan habituados a la vida misteriosa de Roldán, que siempre andaba con secretos, lo creyeron, según contaron en el juicio.

“De todo esto se ocupa mi marido”, dicen, ejerciendo de mujeres sumisas y complacientes, perezosas de pensar por ellas mismas, femeninas siempre, que no feministas. “Yo sólo hice lo que me mandaron”, repiten con insistencia. Un amor ciego y sordo, obligado. La más osada que recuerdan las hemerotecas es Pilar Gómez-Reyna, presidenta de Gescartera, que estafó 200.000 millones de pesetas: “Le dije: ojo, no quiero poderes, quiero ser un florero; a mí no me importa ser una mujer objeto”. El tribunal del caso Gürtel se ha mostrado inflexible en no



reconocer a las esposas de Correa o Bárcenas la categoría de mujeres de juguete, atributo que las “relegaría a poco más que un simple objeto”, algo que “no debe consentir el tribunal”.

En tiempos en que las nuevas princesas entran solas en el templo para casarse y suprimen el voto de obediencia al esposo, emergen de detrás de los exministros corruptos de Aznar una colección de mujeres taciturnas, con gafas, que afirman que no se permitieron pensar por

sí mismas. Sin duda se trata de una estrategia de defensa –que en el pasado ha conseguido un notable éxito–, pero los avances en materia de igualdad y la pionera sentencia del Gürtel, que invoca la teoría de la ignorancia deliberada, amenazan con fulminarla de la jurisprudencia. Sin duda es una buena noticia para la igualdad, también un aviso para navegantes antes de estampar una firma por amor, o lo que aún es peor, por deber, y acabar como un florero entre rejas.